

Choque de civilizaciones

Turquía, piedra de toque

Nos negamos, aunque muramos en el intento. No aceptamos que la lógica de la convivencia humana sea el enfrentamiento, la guerra y la destrucción.

Y, sin embargo, he aquí unas cuantas noticias cogidas al vuelo de la actualidad mediática:

-Irán cuenta ya con misiles de 2000 kilómetros de alcance, que pueden llegar hasta Israel.

-Hallados dos misiles tierra-aire en los escondites de ETA, adquiridos, sin duda, en el mercado negro de armas.

-Los astilleros militares españoles son rentables debido a los pedidos interiores, tanto del propio país como de Europa; los civiles, no. Los astilleros asiáticos han robado a Europa el 47% de los pedidos.

-La violencia en Nigeria empuja el crudo (de petróleo) a precios record.

-Estados Unidos intensifica su ofensiva militar sobre ciudades rebeldes suníes.

-Israel prolonga la operación militar de castigo en Gaza.

-Grupos terroristas podrían intentar un ataque masivo con gases letales a cualquier ciudad europea o americana.

Cualquier lector, medianamente informado, puede agrandar la lista recorriendo los cuatro puntos cardinales y las cinco partes del mundo. Parece como si nos hubiésemos declarado la guerra todos a todos.

Es imposible señalar el punto donde comienza una circunferencia. Por eso, no vamos a hacer ahora disquisiciones históricas que nos llevarían mucho mas espacio del que disponemos.

Lo cierto es que vivimos inmersos en una cultura individualista hedonista hidrópica, necesariamente depredadora y dominante; cultura que se ha encarnado en los distintos grupos humanos, pueblos y naciones:

Para disfrutar cada vez más, hay que poseer cada vez más; para poseer cada vez más, hay que acaparar cada vez más; para acaparar cada vez más, hay que excluir cada vez más a otros; para excluir cada vez más a quienes también quieren acaparar, hay que destruirlos cada vez más (con la pobreza, el hambre o la muerte); para eliminar cada vez más a más, hay que tener poder (todo el poder), y para poder tener cada vez más poder, hay que poseer cada vez más (y vuelta a empezar en infernal círculo vicioso, porque nadie se resigna a quedar definitivamente eliminado). He aquí la lógica que lleva a la guerra permanente.

Puede a alguno parecer caricatura el párrafo anterior. Pero nadie puede negar que la historia ha avanzado por ahí; hasta el punto de que hoy la lucha (la guerra) es por conseguir la hegemonía mundial por parte de muy pocos, parapetados tras determinados estados e, incluso, instituciones internacionales hechas a su medida. Se ha creado un gigantesco (Goliat) poder mundial que como contrapartida ha propiciado el nacimiento de multitud de resistentes de palo y honda (David), es decir, con menos medios pero con mucha imaginación y destreza, dispuestos a acabar con él, aun a riesgo de acabar consigo mismos. Mal que nos pese a los que, de una u otra manera, hemos caído de lado del imperio, esta es la realidad.



¿Dónde está, entonces, nuestra esperanza? Precisamente en la capacidad humana de hacer frente a la realidad.

Por eso, **nos alegra (nos sigue alegrando) que, en medio de sufrimientos y noches oscuras, nazca, crezca y se desarrolle, a pesar de cuanto se hace por intoxicarla, una cada vez más amplia conciencia (entre grupos, pueblos y naciones) de la universalidad del problema de la convivencia humana, es decir, de la paz y de la guerra;** conciencia, además, rica en contenidos, con mayor o menor claridad explicitados, de los que enumeramos algunos. Conciencia:

- de que todos estamos concernidos por él (por el problema de la convivencia, de la paz y de la guerra);
- de que cuanto hagamos por la paz y la justicia a niveles locales o nacionales queda anulado y destruido si desatendemos la vertiente universal y mundial de los problemas, pues es vano el intento en este mundo tan interrelacionado de salvarse solo;
- de que es necesario crear redes internacionales opuestas a la lógica y a la praxis del enfrentamiento y la competitividad por sistema;
- de que es urgente crear un nuevo entramado de relaciones internacionales basado en la igualdad, la justicia y el respeto a los derechos de todos;
- de que se impone el cambio del orden institucional y legal vigente basado en el individualismo por otro basado en la solidaridad y la cooperación;
- de que no podemos nadie abdicar de nuestra responsabilidad y fiarnos de los

políticos profesionales como si fuesen demiurgos, cuando es la hora de los movimientos sociales y de la sociedad civil;

- de que es la resistencia activa no violenta, pero desobediente, quien desarmará el clima de violencia y las estructuras de guerra;
- de que los violentos son hoy los bárbaros e irracionales;
- de que los bienes existentes están destinados a ser compartidos y disfrutados por todos y de que la actual desigualdad nunca puede ser base de justicia y de paz;
- de que por debajo (o por encima) de toda diversidad humana de tipo cultural o de civilización está el común sustrato de la igual dignidad de todos y de que, por tanto nadie puede someter ni subyugar a otros (ni persona, ni grupo, ni pueblo, ni nación);
- de que toda religiosidad auténtica pasa hoy por el servicio y la defensa de toda persona y de que un dios que enfrenta a unos hombres con otros es un ídolo;
- de que es más noble y humano entregar la vida propia que arrancar la ajena y de que, por tanto, el camino de la paz pasa por el esfuerzo, la renuncia y el sacrificio a favor de los excluidos.

Para que esta conciencia sea operativa a nivel mundial trabajamos nosotros junto a otros muchos, en la seguridad de que los frutos pueden ser espectaculares en paz y en bienestar.

Ahora bien, esta conciencia de pertenencia a una única comunidad humana –conciencia mundialista, podríamos denominarla-, que la dolorosa pero esperanzadora realidad del mundo está impulsando (nunca más ya viviremos desligados unos de otros), tendría –tiene– que actuar como un crisol para las distintas civilizaciones y culturas; crisol donde, partiendo de un mutuo respeto e, incluso, aceptación, se vayan decantando y concretando cuáles son o deben ser los valores compartidos por todos (parece que va habiendo un progresivo consenso en torno a los *derechos humanos*, aún, por supuesto, en vías de jerarquización e interpretación com-

previsible y aceptable para todos), se defina en qué modalidades cristalizan o pueden cristalizar dichos valores en cada cultura o civilización sin traicionarlos y qué valores y comportamientos, por muy tradicionales que sean, deben ser corregidos o anulados por contrarios a los por todos compartidos.

Porque lo cierto es que **fueron necesarios muchos siglos de historia para conformar una determinada cultura y civilización como para intentar cambiarla o destruirla en breve tiempo.**

Las diversas culturas y civilizaciones han nacido y se han configurado por separado en el tiempo y en el espacio, aunque no, desde luego, sin influencias mutuas. Ahora, pues, que la realidad las obliga a confluír hay que ser muy cuidadosos para que el inevitable encuentro no se convierta en encontronazo, choque y conflicto.

Sin embargo, el hecho cierto es que en los últimos cinco siglos y medio el acercamiento entre culturas y civilizaciones ha estado promovido fundamental y progresivamente por las naciones de Occidente. Pero acercamiento, creemos nosotros, lastrado por lo que podríamos llamar tres vicios capitales: el nacionalismo, el colonialismo y la explotación económica; en un clima, por tanto, de enfrentamiento entre naciones, de guerras de conquista y de guerras por el acaparamiento de materias primas y de mercados.

Es verdad que de esos vicios tampoco se han visto libres otras culturas y civilizaciones (árabe, turca, china, japonesa, india, etc.), pero la tónica en estos siglos la ha impuesto Occidente, y en esa dinámica de confrontación por todos los medios, en todos los ámbitos y en todos los aspectos (*competitividad es la palabra sagrada con la que se la nombra*) hemos metido al mundo.

De esta manera, el que pudo ser encuentro de paz y colaboración intercultural que diese paso a una civilización mundial se nos ha convertido a todos en conflicto.

Hoy el choque de civilizaciones más evidente y visible (que abarca, por supuesto, confrontación política, económica, militar y de todo tipo en una cadena de causas y efectos de casi imposible jerarquización) tiene lugar entre Occidente –liderado y ejemplarmente

representado por Estados Unidos, Israel y el Reino Unido– y el Islam.

Sin entrar en disquisiciones históricas ni evaluaciones jurídicas ni justificando tampoco el comportamiento de otros países de Occidente, lo cierto es que la actitud y la actuación de Israel, Estados Unidos y Reino Unido en relación, sobre todo, con los palestinos y otros países árabes o islámicos del Próximo y Medio Oriente ha cavado un profundo foso entre ambas civilizaciones (por así llamarlas) que no es previsible pueda rellenarse a corto o medio plazo.

Cuando a trancas y barrancas –por decirlo con expresión popular– la conciencia universalista de que venimos hablando se iba abriendo camino institucionalmente en torno a la ONU (aun con todos sus vicios e imperfecciones de origen: el principal, el antidemocrático derecho de veto que se arrojan los poderosos vencedores de la segunda guerra mundial), los tres países mencionados, en un trágico salto atrás histórico a la época de la invasión de los bárbaros o de las cruzadas, hacen saltar por los aires el Derecho Internacional con su comportamiento en Palestina e Irak y nos devuelven, desnudos de derecho, a la selvática ley del más fuerte.

Se impone, a pesar de todo, curar las heridas y reparar este desgarró en la organización de la convivencia humana, volviendo de nuevo al Derecho, a normas y leyes justas para todos los pueblos y naciones.

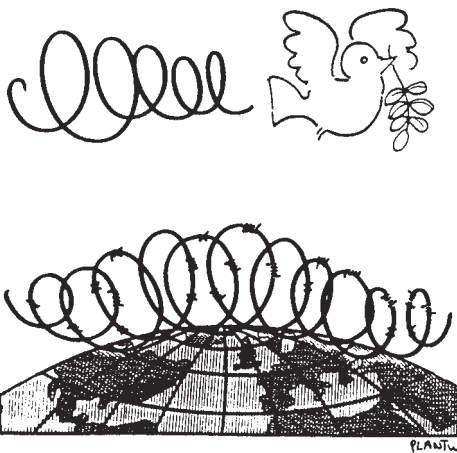
En otros artículos y en anteriores editoriales hemos expuesto cómo concebimos nosotros la ONU –desde luego, democrática, descentralizada y con poder efectivo sobre cualquier estado– y cómo podría reformarse.

Entusiastas como somos de la democracia y la autogestión desde el municipio a la ONU y valedores de los principios políticos de cercanía, por una parte, y de subsidiariedad, por otra, siempre hemos saludado con ilusión y esperanza la constitución de Unidades Regionales de Estados, sea Mercosur, la Unión del Magreb o la Unión Europea, a medio camino entre el atomismo de los estados y el anonimato, amen de las presiones directas de los más fuertes, en que podrían encontrarse en la ONU sin estos organismos intermedios. Creemos que son un buen

medio para vertebrar el conjunto de las naciones desde su entorno geográfico y cultural.

Y aquí topamos con la Unión Europea a la que pertenecemos. Desde luego, no comulgamos con el molde neoliberal capitalista que –valga la redundancia– la ha moldeado y esculpido. **Esta Unión Europea no nos sirve y contra ella luchamos para hacerla democrática y justa para con sus ciudadanos y liberadora, que no opresora, hacia fuera de los demás pueblos.**

Es necesario rehacerla. Y, precisamente, porque sigue siendo válido el principio que alentó sus comienzos: “Cambiemos el enfrentamiento secular de los países europeos por la colaboración entre ellos”. ¡Cómo nos gustaría que, frente al resto del mundo, La UE fuese la cara buena, de verdad, de la cultura y civilización occidental!



Porque siempre se la ha ofrecido a Europa la oportunidad de hacer Historia. Y, especialmente, en estos momentos cuando está ya embarcada en el proceso de admisión de Turquía como miembro de pleno derecho de la Unión Europea. La incorporación de Turquía sería, sin duda, un hito histórico. En primer lugar evidenciaría cómo los principios básicos de la cultura europea pueden compartirse con otros países procedentes de otras culturas y ser aceptados por estas; al tiempo que la incorporación de per-

sonas y países de otras culturas obligarán a Europa a profundizar más en los valores auténticamente humanos en los que todos comulgamos. También Europa cambiaría a mejor; ganaría en abertura y universalidad.

En segundo lugar, este hecho sería un mentís a la tesis, con la que nos están atosigando, de la inevitabilidad del choque de civilizaciones. Es verdad que Turquía se occidentalizó desde arriba en tiempos de Kemal Ataturk, pero la base sociológica, el entramado social y la religiosidad sigue siendo la de un país islámico; hasta el punto de que es un partido islámico, ciertamente moderado, quien exige con fuerza la integración de Turquía en Europa. Además –ironía de la historia– esta integración sería un ejemplo de cómo hasta las guerras producen ósmosis entre culturas enfrentadas; pues ninguna nación como la turca estuvo tan a punto en los pasados siglos de arruinar la cultura europea y, sin embargo, fue la primera en el primer tercio del siglo XX de buscar conscientemente, de la mano de Ataturk, la occidentalización del país.

Este es el reto para Europa y Turquía. Reto difícil, inmersas como están ambas en el sistema del individualismo y de la competitividad que, buscando la hegemonía, conduce a los enfrentamientos; pero reto ilusionante, imprescindible para avanzar en la pacificación de las culturas.

Reto también éste para las dos religiones: la cristiana, mayoritaria en la Unión Europea, y la islámica, mayoritaria en Turquía, ambas con vocación de universalidad y de presencia pública pero que no pueden, sin contradecirse a sí mismas, constituirse en motivo, mucho menos en motor, de divisiones, distanciamientos y rechazos.

Mucho diálogo y mucha purificación de elementos extraños a la auténtica religiosidad se les va a exigir a ambas si quieren ser en verdad constructoras de paz y puente entre naciones y culturas. De ello trataremos en el próximo número. Por hoy, basta.